Chascón contra Tarrán

Chascón

Nº 5
Año 1

4D

CHASCON

AÑO I — N° 4

21 Mayo de 1936

REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES

El chanchito va al mercado con su papá

El chancho padre corre y se ríe del placer que causa a su hijito

Chascón contra Tarzán

Episodio N.o 5

En el número pasado vimos que Tarzán logró escapar de Chascón y, después de unirse con el jefe de una tribu vecina, volvió a castigar a su enemigo, al frente de muchas tropas. Vimos también que un lorito le contó todo esto a Chascón, el cual se preparó debidamente para que no lo pillaran de sorpresa. Y sabemos, además, que Chascón logró hacer que el ejército enemigo huyera lleno de terror, al ver que de repente caía de lo alto una flecha y mataba a uno de los monos generales. Pero lo que vamos a saber ahora, muy en detalle, es cómo fué la pelea de Tarzán y de Chascón en cuanto se encontraron frente a frente. Tarzán blandía un garrote tremendo, que parecía una torre. No por eso se atemorizó Chascón. El buen rotito chileno había recibido en su infancia algunos garrotazos, de manera que no les temía en absoluto a unos palos más o menos.

—¡Allá voy! — le gritó Tarzán, lanzándose encima de su enemigo, con el garrote en alto.

—Y aquí estoy esperándote — le contestó Chascón, sin inmutarse.

Llovieron los garrotazos. Pero todos se perdieron en el aire, porque Chascón era más ágil que un tigre. Esquivaba los golpes y se reía. De pronto, Chascón lanzó un espantoso puñetazo al estómago de Tarzán.

—¡Ay, ay, ay!... ¡Qué golpe tan horrible!... ¡Ay, ay, ay! — gimió Tarzán, soltando su garrote y sobándose el vientre con ambas manos, lleno de dolor, de furia, de miedo.

—¡Já, já, já! — le respondió Chascón, con una risita de huaso macuco.

Y, acto seguido, Chascón se agachó hasta el suelo, cogió el garrote de su contendor y le propinó sin mayor aviso una paliza de esas que hacen época en la historia de un hombre.

—No me mates, abusador, no me mates así, a palos, como a un perro bravo — gimió Tarzán.

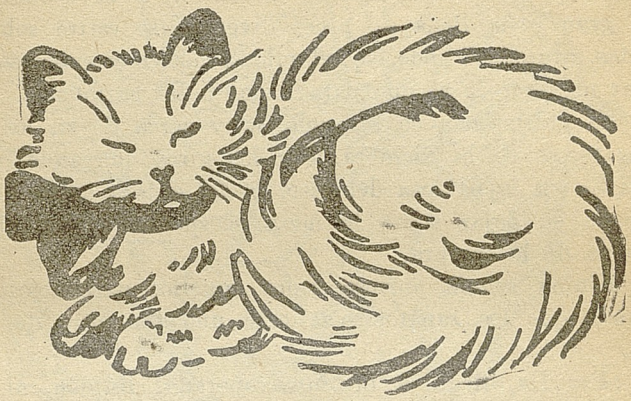
Chascón le dió un último garrotazo y Tarzán llegó a levantar las piernas al caer completamente aturdido.

—Parece que lo maté — dijo Chascón, rascándose una oreja—. Mejor será que me vaya. No me gusta ver muertos en la soledad del bosque.

Y se alejó silbando una tonada, para darse ánimos y no tener remordimientos. Mientras tanto, Tarzán, tendido en el suelo, se puso a soñar. Y su sueño fué muy bonito.

ESTE SUEÑO VIENE EN LAS PAGINAS CENTRALES. HAY QUE CONOCERLO...

La gatita que bajó al fondo del mar



Minina era una linda gata

CAPITULO I

Minina, la más blanca y hermosa gata de Angora, dormía tranquila junto al calentito fogón de la cocina, cuando de pronto...

De pronto llegó a sus narices el más embriagador de los perfumes de Arabia, el más delicioso de los olores conocidos, el más exquisito de los aromas...

¿Sabéis a qué olía?...

Pues olía... ¡a sardina!

Para Minina, muy limpia, coqueta y presumida, no había en el mundo perfume más delicado. Ni el "Agua de Colonia", ni la "Loción de violeta", ni el "Extracto de ratón" (que le gustaba mucho) ni el "Elixir de queso", producían

en sus naricillas un tan agradable cosquilleo como aquel que le causaba el rico olor a *sardina fresca.*

Es inexplicable el caso, pero lo cierto es que a todos los gatitos, enemigos del agua, les entusiasma el pescado.

Por eso Minina, cuando vió entrar a la cocinera con una gran cesta llena de peces diversos, se estiró sobre sus patitas, arqueó el lomo, se relamió el hocico y empezó a preparar un plan de ataque para llegar a las sardinas.

La gatita veía en el suelo, muy cerca de sí, los zapatones toscos de la cocinera. Por los giros que aquellos pies trazaban en la baldosa del piso, la tal señora debía hallarse ocupada en dejar sobre la mesa el suculento contenido de la cesta de la compra.

Minina seguía ansiosa todos aquellos movimientos, esperando que los zapatones saliesen uno tras otro de la cocina.

¡Por fin, llegó el instante esperado! Rápida, al verse sola Minina, se encaramó por la pata de la mesa, miró a todos lados con cautela, y, ya iba a dar el salto definitivo, cuando lanzó un dolorido bufido de espanto.

CAPITULO II

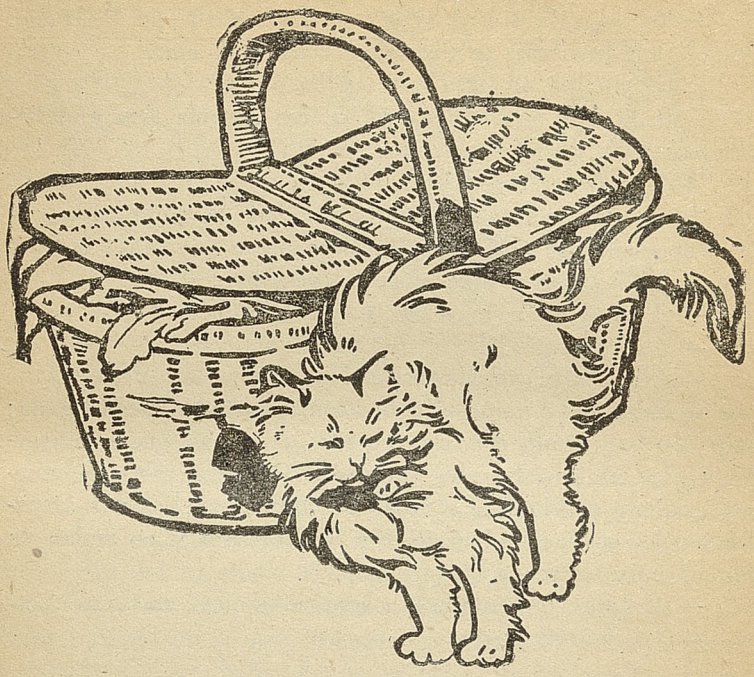
Minina, al encaramarse por la mesa, se pinchó el hocico con unas enormes púas que salían del tablero.

La gata retrocedió asustada. ¿Qué podían ser aquellos afilados pinchos que se movían como garras verdosas, y asustaban y herían a la pobre Minina?

Eran sencillamente las patas y los cuernos de una gran langosta, destinada a morir en *salsa mayonesa.*

A Minina, que jamás había visto bicho semejante, se le figuró un terrible monstruo. Sobre todo cuando la langosta le miró con sus ojos salientes.

—¿Dónde vas?—preguntó el monstruo marino, movien-



Minina estaba ansiosa

do todo aquel complicado artificio de patas y cuernos.—¿Es que quieres devorarme?... Pues te va a costar trabajo meterme el diente. Ya ves la coraza que me protege.

—Nada de eso, señor,—replicó la gatita—yo quería alcanzar tan sólo uno de esos pececillos plateados que están en el plato contiguo, y que me gustan con locura.

—Se llaman sardinas. Y en mi reino las hay a millares, a millones, a millares de millones...

—¿Será posible?... ¡Con lo que a mí me gustan!... ¿Y cuál es tu reino, amable monstruo?...

—Mi reino es el mar. ¿Tú no conoces el mar?

—Yo soy de tierra adentro. Una gatita de Santiago. Pero si me quisierais explicar qué cosa es el mar.

—El mar es un sitio con mucha agua.

—¿Con más de la que cabe en esa enorme tina que tienen mis amos en el cuarto de baño?...

—Con mucha más.

A Minina no le hacía gracia un país de tanta agua, pero el deseo de ver por miles los ricos peces que tanto la apetecían, la impulsó a preguntar nuevamente:

—¿Y está muy lejos ese país tan húmedo?

—Muy lejos.

—¿No podría yo visitarlo?

—Ah, eso tú verás. Yo te acompañaría de buena gana; pero me han atado con una cuerda y apenas puedo moverme. Quizá alguno de estos cangrejos que aquí cerca se mueven, pudiera servirte de compañero. Pero con ellos vas a tardar mucho en hacer el viaje. Son gente lenta y no andan en verdad muy derechos.

—¿Quieres presentarme a uno cualquiera de ellos?...

—Con mucho gusto.

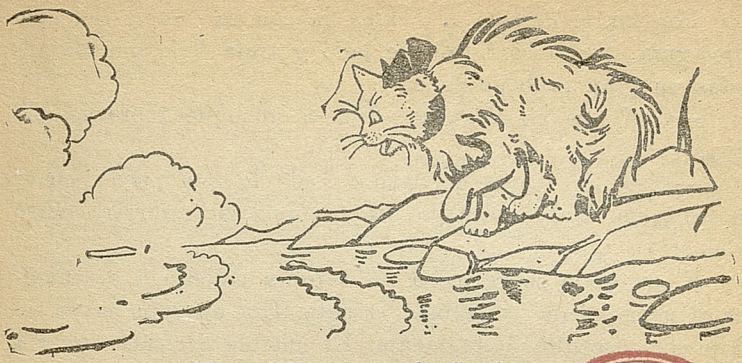
CAPITULO III

La langosta llamó a un hermoso y aplastado cangrejo de mar y le dijo por lo bajo:

—Aquí tienes a la linda Minina que quiere conocerte y hacer un viaje contigo al fondo de los mares...

El joven cangrejo al contemplar la hermosura de su nueva amiga, enrojeció cual si le hubieran ya cocido en agua hirviendo.

Todo colorado y tambaleándose un tanto, vino a ponerse a los pies de Minina, para lo que fué preciso que se dejase caer desde la mesa al suelo.



Extendió la patita hacia el agua

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA CHILE

Repuesto del golpe, exclamó con galantería:

—A las lindas patitas de usté, señora. Usté me dirá en qué puedo servirla.

—Es muy sencillo. Yo estoy ya cansada, amigo mío, de comer tripas de cordero; los ratones caseros apenas halagan ya mi paladar estragado. En cambio esos *ratones de mar* que, según me ha dicho el monstruo de los ojos saltones, se llaman *sardinas*, son mi encanto. Yo quisiera verlas por millones y al mismo tiempo conocer las maravillas de ese charco mayor que un baño, donde vosotros hacéis vuestra vida. ¿Quieres llevarme al fondo del mar contigo? Yo quiero verlo todo.

La gatita hizo tales mimos y zalamerías, que en breve los dos amiguitos acordaron escaparse juntos aquella misma noche.

CAPITULO IV

Más de hora y media estuvo Minina esperando a su futuro compañero de viaje.

—¡Ni que fuese una tortuga!—murmuró impaciente la gatita.

Por fin se destacó a lo lejos la cómica silueta del cangrejo-guía. Venía corriendo de lado y traía bajo una de sus patas un gran rollo de papel.

—Creí que no llegabas—dijo en tono de reproche Minina.

—Pues he venido corriendo. Todo lo que puede correr un cangrejo. Habré tardado dos minutos en recorrer cuatro kilómetros.

El cangrejo se acercó a un farol y empezó a desenvolver el papelón que traía bajo la pata. Era un gran mapa de Chile que consultó atentamente. El amable crustáceo quería llevar a su amiguita hacia la costa que él conocía mejor, por haber nacido en ella. Pero un cangrejo tiene que tomar sus precauciones para dirigirse a un lugar cualquiera, porque los cangrejos andan de lado.

CAPITULO V

Minina y el cangrejo comenzaron a andar. Llevaban dos horas de marcha y apenas habían logrado avanzar diez metros.

La impaciente gatita se desesperaba.

—A este paso—decía—llegaremos viejos. ¿Para qué le servirán a este bicho tantas patas?... Y ahora, como vamos por el campo, todo se vuelve tropezones... ¡Menuda montaña se nos presenta delante!...

En efecto: ante la pareja de viajeros se levantaba un montón de tierra removida. Al acercarse a él Minina dió un grito. Del montón de tierra salía un enorme topo ciego, que preguntó a gritos:

—¿Quién va?

Los viajeros explicaron sus propósitos al topo, que se echó a reír estrepitosamente.

—¿Pero a quién se le ocurre tomar un cangrejo para

un viaje tan largo?—murmuró el ciego, dirigiéndose a Minina.—Los topos viajamos siempre en tren subterráneo. Toda la tierra la tenemos cruzada de galerías y de trenes.

Los tres amiguitos entraron en el túnel.

Minina y el topo veían perfectamente, porque los gatos y los topos ven muy bien en la semioscuridad. En cambio el cangrejo, siempre perezoso y ante aquellas tinieblas, se arrimó a un rincón y acabó por quedarse dormido.

CAPITULO VI

A la mañana siguiente el tren llegó hasta las mismas rocas de la costa.

El cangrejo, que había dormido de un tirón, empezó a estirarse y armó un lío de patas horroroso. ¡Imaginad a un señor con diez brazos, desperezándose!...

Minina se lavó un poco, *a lo gato*, y despidióse del topo maquinista.

Al salir sobre el peñasco, vió el mar.

Un poco le asustó aquella gran tina llena de agua azul, pero el hambre venció al asombro y preguntó al cangrejo:

—¿Dónde están las sardinas?

—Espera—replicó el cangrejo.—Aun tienes mucho que andar hasta encontrarlas. Yo tengo que abandonarte ya. Mis hermanos viven por estas rocas entre agua y tierra. Yo me quedo con los míos. Tú debes zambullirte en el mar, tirándote al agua desde lo alto de esta piedra. ¡Feliz eres, pues vas a ver las maravillas jamás soñadas del reino de Neptuno!...

Minina a punto estuvo de arrepentirse. Desde la roca, extendió varias veces su patita hacia el agua.

—¡Qué fría está!—murmuraba.

—¡Animo!—exclamó el cangrejo.

Minina vió a su amigo que marchando de lado, corría

a ocultarse bajo una gran piedra en busca de sus hermanos.

La gatita, al verse sola hizo un supremo esfuerzo, cerró los ojos y... ¡cataplum!

Un gran círculo de espuma blanca tapó el agujero por donde Minina acababa de entrar en el reino de los mares.

CAPITULO VII

¡Buena idea fué la de lanzarse al agua! Porque apenas había descendido ocho metros cuando Minina abrió los ojos y vió un espectáculo maravilloso.

Una gran carroza, tirada por ocho lindos caballitos de mar, esperaba a la viajera.

Delante y detrás de la carroza, los más extraños y bonitos peces formaban una guardia de honor.

Un geniecillo, armado de un tridente, se acercó a Minina y la dijo:

—¡Sea bienvenida vuestra Alteza Real de los Altos Tejados a este nuestro profundo Reino! Neptuno, mi señor, me envía a recibiros. Yo soy el príncipe "Entredosaguas", que os acompañará y enseñará todas las maravillas de este líquido elemento...

—¿Las sardinas también?—exclamó sin poderse contener la gatita.

—También las sardinas—contestó el alegre príncipe a quien extrañó sobremanera aquella estrafalaria curiosidad de la recién llegada.

Cumplidos que fueron los saludos y presentaciones de rigor, el cortejo se puso en marcha.

—¿Adónde vamos?—preguntó Minina.

—Vamos a la región de los corales y de las grandes perlas. Es preciso que te adornen con las mejores joyas. Una vez hecha tu *toilette*, te presentaremos a la princesa "Sirena", nuestra señora.

Ahí estaba el trono de la Sirena, hermosa princesita con cara humana y cola de pez

Minina que, al fin gata, era muy presumida, deleitóse sobremanera al llegar a las "Grandes Joyerías" del fondo del mar.

Allí entre arbustos de rojos corales y entre enormes ostras, fué adornada con un sinfin de pulseras, sortijas y collares.

Queriendo aparecer más bella empezó a lavarse la cara con saliva, sin recordar que allí había agua de sobra por todas partes.

Cuando estaba lavándose, una densa oscuridad se extendió por los abismos salados.

—Es que pasa por encima de nosotros una gran ballena—dijo el duendecillo.—Por cierto que voy a arrancarla una de sus barbas para hacerte con ella un corsé de honor.

CAPITULO VIII

Cuando volvió con la barba de corsé que había arrancado de la ballena, notó preocupada a Minina.

La gatita sentía un hambre feroz y no oía hablar nada de que preparasen banquete alguno en su obsequio. Queriendo sacar de modo indirecto la conversación, dijo al príncipe:

—¿Para qué llevas en la mano ese lindo tenedor?... ¿Es acaso para comerte las sardinas que puedas pinchar con él?...

—Yo no como sardinas—contestó orgulloso el duende.—Este tenedor es un atributo real. Pero ya veo por tu pregunta que sientes apetito.

Y siguieron su caminata hacia el palacio de "Sirena".

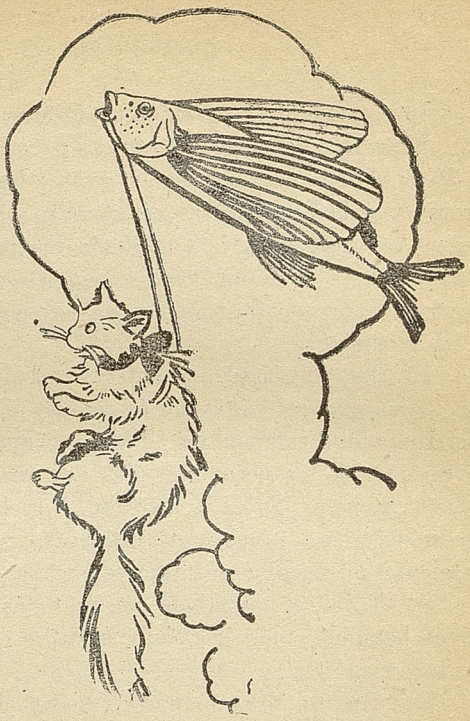
CAPITULO IX

No podéis figuraros nada más precioso que el Palacio en que vivía la princesa acuática. En el fondo de unas rocas cubiertas de lindas plantas marinas y entre columnas de rojizos corales, alzábase el trono de la diminuta "Sirena", her-

mosa princesita con cara humana y cola de pez; una larga cola de escamas verdosas que sostenían a modo de pajes, dos pequeños pescaditos.

"Sirenita" saludó ceremoniosamente a Minina. La hizo sentar a su lado en una gran concha de nácar, y dió orden de empezar la recepción de los principales personajes submarinos.

Todas las clases sociales desfilaron ante Minina. La gatita esperaba que al presentarla a la clase popular acaso pudiese ver a las sardinas. Pero la recepción terminó en seguida y tan sólo pudo oír algunos piropos que le dirigía un *bonito* bastante atrevido.



Uno de los pescaditos aviadores se la llevó lejos

—Ese es un atún—dijo "Sirenita".—Se come las sardinas por millares. No le hagas caso, es un glotón terrible.

Minina, al escuchar estas frases quedó admirada. ¡Por fin oía hablar de los *ratones de mar!* ¡Y aquel enorme pez era el que se los comía por arrobas!...

Sintió una gran envidia hacia el feliz animal y sonrió, amable, a las frases del *bonito*.

CAPITULO X

Durante los días siguientes Minina no pudo descansar.

El gran programa de festejos era larguísimo. "Sirenita" y Minina iban juntas a todas partes. Estuvieron en el Hipódromo viendo las carreras de caballitos marinos. Fueron después al parque de aviación donde los peces globos y los peces voladores hicieron vuelos magníficos. Hubo torneos de esgrima, concurso de tobogán en caracoles y, por fin, visita a los Hospitales.

El Hospital marino estaba instalado entre los restos de un barco que se había ido a pique. Allí en los diferentes departamentos estaban las "Salas de operaciones" en las que se extraían a los peces anzuelos que se clavaban en la boca. Había también "Sala de nerviosos" en la que se curaban los peces eléctricos, rayas y torpedos. Y, por fin, un rinconcito en el que un bacalao enfermo se curaba el hígado.

A Minina le gustaban mucho todas aquellas fiestas, pero los banquetes que la daban, siempre con tripas de cordero, la tenían rabiosa.

Por fin, un día, no pudo resistir más; y decidida a todo echó la zarpa a uno de los pajes que llevaban la cola de "Sirenita".

¡Nunca lo hubiera hecho!

Enfadada la princesa, mandó encarcelarla.

—Aquí los peces se comen unos a otros; pero es enorme delito que los animales de tierra vengan a devorarlos. Tu atrevimiento ha sido enorme. Serás juzgada.

Dos peces-espadas cogieron a Minina y se la llevaron presa.

CAPITULO XI

El tribunal de Delfines, Ballenas y Tiburones condenó a muerte a la atrevida gata que había osado devorar un pececillo.

Fué llevada a lo más profundo del mar y cargada de cadenas. Su tristeza fué inmensa. No sabía qué podría hacer para librarse de la muerte.

Entonces pasó por la puerta de su prisión un pez llamado besugo.

—Oye besuguito — dijo, llamándole Minina.—Tú que tienes el ojo claro, dime si ves el modo de que yo pueda salvarme.

El besugo contestó:

—No te apures. Yo tengo un amigo aviador del grupo de "peces voladores", que vuela por el agua y por el aire. Agárrate bien a él y te llevará esta misma noche a tu casita.

CAPITULO XII

Cuando Minina llegó a su casa, creyó que se iba a volver sorda.

—¿Dónde has andado, pícara—decía la cocinera, mientras la acariciaba el lomo.—Toma estos desperdicios que te he guardado. A lo mejor vendrás muerta de hambre.

Minina vió que la ponían en el suelo un gran plato lleno de... ¿qué diréis?...

Lleno de cabezas y restos de sardina.

Lo que no había conseguido en los lejanos y profundos mares, lo tenía allí en el piso tercero de una casa de Santiago.

Era feliz.

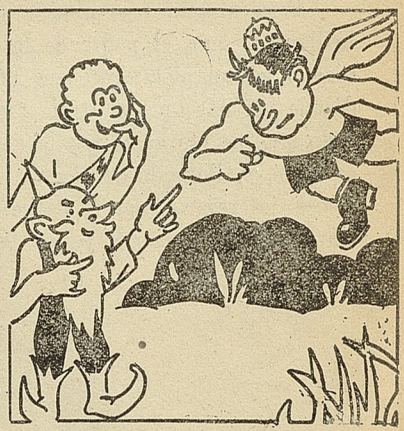
Chascón contra Tarzán.— EL DUENDE DEL BONETE PUNTIAGUDO

Episodio N.º 6

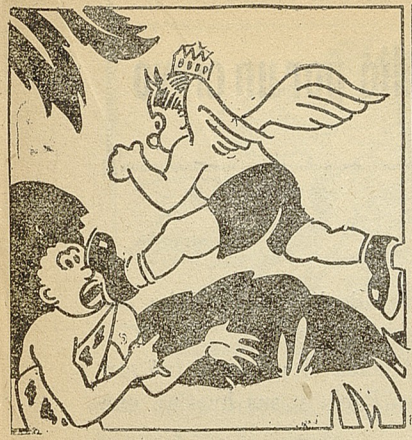
1.—Tarzán vió venir a un enano de barba y bonete puntiagudo, montado en un burrito. Le pidió que lo llevara, porque el pobre Tarzán ya no andaba de puro cansado.

2.—Por el camino les salió al encuentro un tigre. Tarzán dijo que él no podía pelear con el tigre, pues se sentía todo adolorido con la paliza que le diera Chascón.

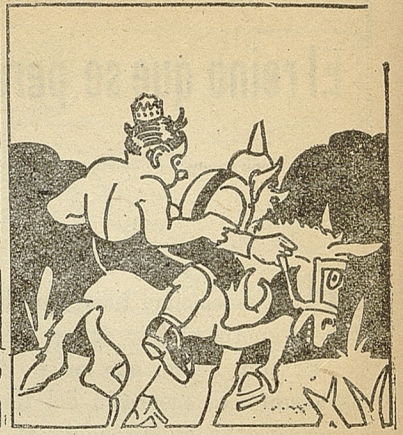
3.—El enano era un mago poderoso, de manera que cambió al tigre en gatito regalón, diciendo unas cuantas palabras secretas. Tarzán quedó admirado.



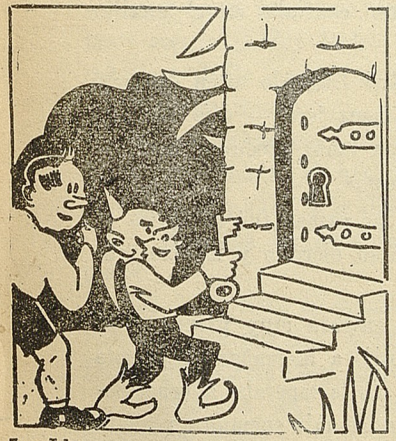
4.—Tarzán le pidió entonces ayuda al enano, el cual hizo venir volando por el aire a Chascón, para que Tarzán lo castigara. Chascón, volando, parecía un pajarito.



5.—Pero Chascón, apenas vió a Tarzán, pasó volando por encima de su cabeza y le dió un puntapié en la oreja, dejándolo más sordo que el brujo Sordonací.



6.—El enano, muy entretenido con lo que sucedía, se rió mucho y se llevó a Chascón en su burrito, dejando a Tarzán en el camino, solo con sus penas.



7.—Llegaron a un castillo de tres altas torres. El enano sacó una llave de oro y abrió la puerta. Invitó a comer a Chascón, encantado de conocerle.

8.—El enanito se sentó a comer encima de la mesa. Un hombre gordo y de largos bigotes le trajo a Chascón una fuente llena de ricos manjares. Chascón estaba feliz.

¿Qué irá a hacer Tarzán para vengarse?... ¿Podrá vencer a Chascón?

La regadera del brujo

Hacía muchísimo calor. El jardín de papá estaba seco y las plantas requemadas. Papá fué a examinar los rosales y meneó tristemente la cabeza.

—¡Dios mío!—exclamó.—¡Cómo está esto! Si no se riega el jardín, no va a nacer ni siquiera un tallo de hierba. ¡Margarita! ¡Juanito! Venid aquí; os necesito.

Los niños abandonaron su juego del escondite y acudieron al lado de su papá.

—Me gustaría mucho que regaseis el jardín—dijo papá.—Ambos tenéis una regadera cada uno, ¿verdad? Pues bien, esta tarde quiero que reguéis bien el jardín, y todas las tardes siguientes, hasta que llueva.

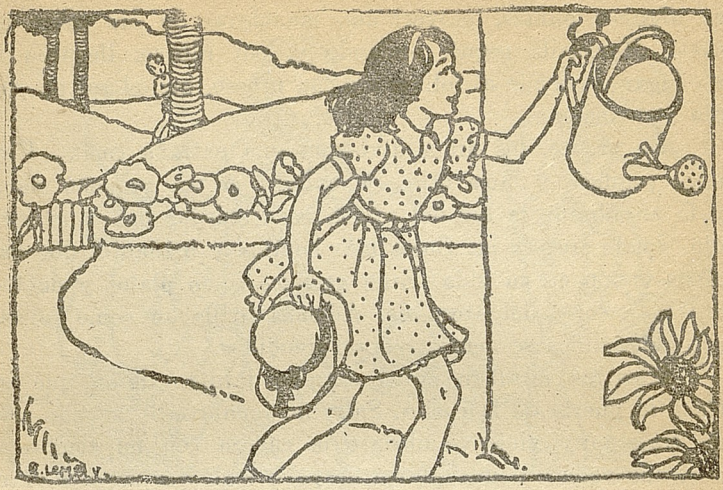
—¡Oh, papá! Guillermo y Pedro vienen todas las tardes a jugar con nosotros — dijo Juanito.—¿Quieres que reguemos el jardín?

—Haréis lo que os he mandado. Guillermo y Pedro os ayudarán si quieren, o bien presenciarán vuestro trabajo. Pero es preciso regar el jardín.

Los niños se quedaron muy disgustados. No tenían ningún deseo de llevar a cabo aquel trabajo, que les exigiría mucho tiempo. Y estaban tan tristes y enojados, que su mamá acabó diciéndoles que fuesen a dar un paseo.

Ellos obedecieron y se marcharon.

—Vamos al bosque, porque allí hace fresco — dijo Margarita.



Margarita descolgó la regadera y echó a correr

Tomaron, pues, el estrecho sendero, que pasaba por entre los avellanos del bosque del Brujo. Aquel bosque era muy grande y muy espeso. Muchas veces los niños se habían preguntado la razón de que se llamara el bosque del Brujo, pero nadie lo sabía.

—Creo que, en otro tiempo, vivía un brujo aquí—dijo Margarita, mientras atravesaban el fresco bosque.—Me gustaría mucho verle. ¿Verdad, Juanito?

—¡Bah! Los brujos no son ya de nuestra época — contestó Juanito, en tono desdeñoso.—¿Adónde vas, Margarita? Nunca hemos llegado tan lejos.

—Voy de exploración — contestó la niña.—Mira ese sendero tan raro; debe de llevar a alguna parte. Estoy segura de ello.

Continuaron andando a la sombra de los árboles, que producían un leve susurro. El sol pasaba por entre las hojas

en algunos puntos, proyectando manchitas de luz sobre el suelo. Margarita seguía andando y, por último, llegaron a un lugar en donde el follaje era tan espeso, que el sol no podía atravesarlo.

De pronto, los niños divisaron una extraña casita. Era muy pequeña y muy rara. Se hallaba en un pequeño claro y la alumbraba la luz del sol. A su alrededor había un jardín, donde crecían las flores más bonitas y brillantes que los niños vieron en su vida. Eran grandes como platos y de todos los colores del arco iris. Además brillaban como joyas, y los dos niños se detuvieron sorprendidos.

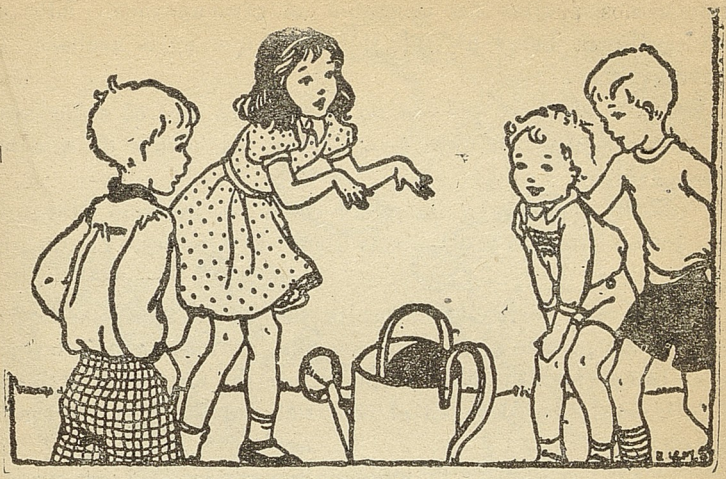
Mientras miraban aquel extraño jardín, vieron que se abría la puerta de la casita. Salió un hombrecillo vestido con un traje muy viejo. Cubríase la cabeza con un sombrero alto, adornado con una pluma de pavo real. Sus zapatos eran verdes y terminaban en punta.

—Es el brujo — murmuró Margarita, agarrando muy asustada el brazo de su hermano.—Aún vive ahí, en el centro del bosque.

Mientras los dos niños le observaban, vieron que el brujo tomaba una regadera colgada de la pared. Era muy grande y estaba pintada de azul y de amarillo. El brujo la llenó de agua de la fuente que había en el extremo del jardín, la dejó en el suelo y le dijo:

Riega, riega, regadera,
porque la tierra te espera.

Así oyeron los niños decir al brujo y, en el acto, la regadera se levantó en el aire, se inclinó y empezó a regar aquellas brillantes flores. Al parecer no se agotaba, sino que pasaba de una planta a otra, dejándolas bien bañadas. Luego



Llenó la regadera y la dejó en el suelo

regó minuciosamente una parte de hierba y después hizo lo mismo con las plantas de unos tiestos.

El brujo se metió en la casa, de modo que los niños pudieron acercarse para ver los movimientos de la regadera maravillosa. Cuando se abrió la puerta y apareció el brujo, los dos niños fueron corriendo a refugiarse en el bosque, temerosos de haber sido reconocidos. Poco después se asomaron para mirar. La puerta de la casita estaba cerrada, no se veía ya el brujo y la regadera estaba colgada de un gancho en la pared.

De pronto los niños oyeron un portazo muy fuerte y vieron que el brujo se alejaba por el sendero que iba a parar a la parte posterior de la casa. Sin duda iba de compras, porque llevaba un gran cesto colgado del brazo.

—Juanito, vamos a tomar prestada esa regadera maravillosa y así podremos regar esta tarde el jardín de papá—dijo Margarita.—Nos la llevaremos ahora, para devolverla en cuanto haya regado. De este modo podremos jugar con

nuestros amiguitos sin necesidad de preocuparnos. Ella se encargará de hacer el trabajo. Y así que haya acabado, la devolveremos.

—¿Y tú crees que eso no le parecerá mal al señor brujo? — preguntó Juanito. — ¿Y si se da cuenta de que ha desaparecido?

—No empieces a imaginar cosas — exclamó Margarita, impaciente.—Siempre estás lleno de temores. Yo tomaré la regadera.

Atravesó corriendo el jardín del brujo, descolgó la regadera del gancho y se alejó con ella, contenta a más no poder. Luego los dos niños emprendieron el regreso a su casa. Ocultaron la regadera en el cobertizo del jardín y fueron a almorzar.

—No os olvidéis de que papá os mandó regar el jardín—les advirtió su madre en cuanto salieron del comedor.

—No, mamá — contestó Margarita.

Salieron, y al poco rato llegaron Guillermo y Pedro. Los dos niños mostraron la regadera mágica a sus amigos.

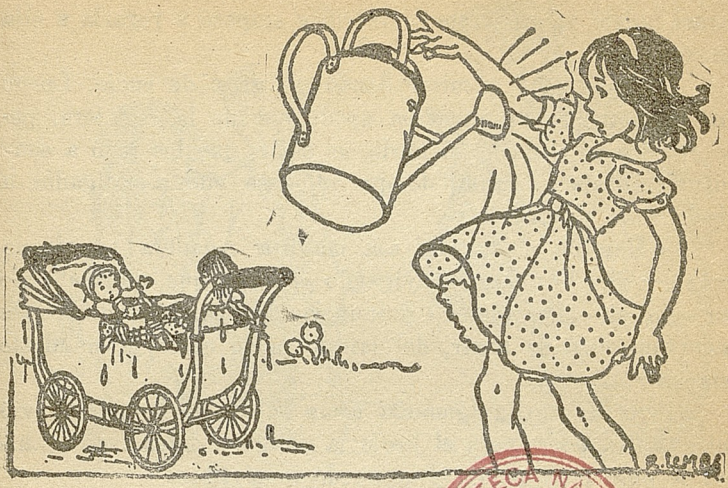
—Papá nos mandó regar el jardín en vez de jugar con vosotros, pero hemos pedido prestada esa regadera mágica que se encargará de hacer el trabajo por nosotros, y así podremos jugar mientras tanto.

Guillermo y Pedro no creyeron tales palabras. Entonces Margarita llenó la regadera con agua del grifo y luego la dejó en el suelo, como viera hacer al brujo.

Riega, riega, regadera,
porque la tierra te espera.

dijo en voz alta.

En el acto se levantó la regadera, se inclinó y empezó a regar las flores con la mayor minuciosidad. Tampoco se



La regadera se volvió a Margarita y la regó

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA CHILE

vació, sino que continuó regando de una planta a otra, de un modo maravilloso.

Los cuatro niños estaban encantados. ¡Qué fácil resultaba regar el jardín! Pero pronto se cansaron de observar la regadera y empezaron a jugar al escondite.

Poco después, la regadera, que había regado ya las plantas y las flores, empezó a saturar el césped de agua. Cuando hubo terminado pareció buscar otra cosa que regar, pero ya no había más flores. Entonces la regadera se dirigió al cochecito de muñecas de Margarita y lo regó con el mayor cuidado.

La niña que lo vió, no pudo contener un grito.

—¡Oh, la regadera del brujo está regando el coche de mis muñecas! ¡Las pobrecillas están caladas y el coche ha quedado convertido en un barril!

Fué a interrumpir aquel trabajo desagradable, pero con gran sorpresa por su parte, en cuanto quiso apoderarse de

aquel objeto mágico, éste se volvió y empezó a regarla a ella misma.

La niña echó a correr dando un grito de enojo. Luego los tres muchachos quisieron apoderarse de la regadera, pero ella les trató de igual modo, es decir, que los regó a conciencia, hasta el punto de que ellos se vieron obligados a desistir de su empeño.

—Haz de modo qué esa maldita regadera no riegue más — dijo Guillermo enjugando el agua que chorreaba de su camisa.—¿Por qué no pronuncias las palabras necesarias para que cese de regar, del mismo modo como le mandaste empezar?

Pero Margarita ignoraba cómo se hacía, porque no vió ni oyó de qué manera el brujo la obligó a detenerse. La niña se puso muy pálida y se quedó inmóvil.

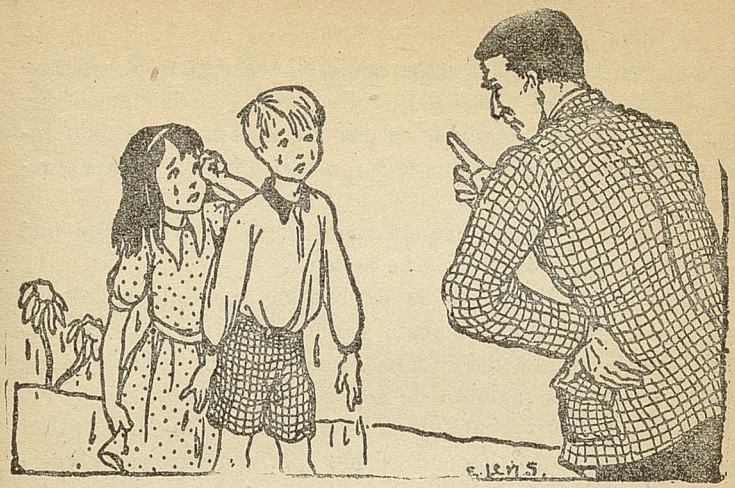
—¿Qué haremos, Juanito? No sabemos cómo se hace para que deje de regar. Ahora seguirá regándolo todo y ni siquiera podemos apoderarnos de ella para devolvérsela al brujo.

—Tú tienes la culpa — dijo Juanito.—Tuya fué la idea de quedarte con la regadera. Creo que no debiéramos haberlo hecho. Pero tú te metes siempre en esos líos y luego nos comprometes. Por mi parte no sé qué hacer.

—Bueno, vámonos a casa — dijo Guillermo, cogiendo a Pedro de la mano.—Gracias a la estúpida regadera del brujo estamos hechos una sopa.

Los dos niños se marcharon, dejando a Juanito y a Margarita en compañía de la regadera mágica. Seguía regando con el mayor entusiasmo. En aquel momento se había acercado al caballo de madera de Juanito y lo regó con el mayor cuidado. Luego se dirigió a la hamaca en que descansaba la mamá de los niños. Juanito estaba muy asustado. ¿Qué diría papá al llegar a casa?

Pero ¿qué os figuráis que hizo la regadera mágica, en



—¿Qué es eso?—preguntó su papá

cuanto oyó llegar a papá? Pues salió disparada al aire y se desvaneció como el humo. Había vuelto a casa del brujo en el bosque.

EL JUEVES 28

CHASCON

va a dar grata sorpresa a sus lectores

No deje de comprar, pues, el próximo número de

CHASCON

Así, cuando papá llegó al jardín, no pudo ver otra cosa sino que todo estaba chorreando, sin exceptuar a sus mismos hijos. Miró al banco del jardín, se fijó en la hamaca de mamá, en la ropa tendida, en los niños, y vió que todo estaba mojado. Inmediatamente su rostro adquirió una expresión amenazadora.

—¿Qué es eso?—preguntó con fuerte voz.— ¿Por qué lo habéis mojado todo de esta manera?

Juanito y Margarita le explicaron que habían tomado prestada la regadera del brujo y que luego no pudieron impedir que lo mojase todo. Pero, como ya se comprende, papá no creyó una sola palabra de eso. Ni una siquiera.

—No vengáis contándome tan ridícula historia. ¿Una regadera encantada? Eso no es más que una excusa de vuestra tontería. Ahora os daré unos azotes y os mandaré a la cama.

Y, en efecto, así fué. Ellos se manifestaron arrepentidos, pero su papá y su mamá estaban muy enojados con lo ocurrido.

—Lo tenemos muy merecido, por haber tomado una cosa que pertenece a otro, sin pedir permiso—dijo al fin Juanito.—No debiéramos haber hecho esto.

—Perdóname, Juanito — dijo Margarita.—Otra vez no seré tan tonta. Comprendo que la culpa es mía. Quizás mañana debiéramos ir a casa del brujo para pedirle que nos dispense, y a fin de expresarle nuestro deseo de que la regadera llegase sin novedad.

Al día siguiente, los dos hermanos salieron de nuevo hacia el bosque. Mas, por mucho que buscaron en todas direcciones y a pesar de que siguieron cuantos caminos se les presentaron, lo cierto fué que no pudieron hallar aquella casita en el corazón del bosque.

El burrito que se creyó león

Había una vez un burrito que quería tener aventuras.

—Soy valiente—se decía—y mi mayor deseo consiste en convertirme en héroe.

Y como cuando a un burrito se le ocurre algo no hay manera de hacerlo cambiar de idea, se marchó al bosque, en busca de aventuras que a todo el mundo obligaran a hablar de él con asombro.

Andando, andando, con las orejas al viento, el burrito llegó hasta una caverna abandonada. Se metió en ella y salió al cabo de un rato muy contento. Había encontrado una piel de león, nueva y brillante.

—Ahora sí que voy a ser famoso — exclamó el burrito, lanzando un rebuzno de alegría. Y sin tardar más tiempo, se puso la piel de león y echó a correr por el bosque.

Muchos animales que estaban almorzando por ahí cerca, pararon la oreja al sentir el galope del burro. Un conejo que se las daba de sabio fué a ver quién venía. Volvió inmediatamente donde estaban sus amigos y les dijo, temblando de susto:

—Huyamos, que al galope viene un león tremendo, el más grande de los leones de toda la leonería.

En ese preciso momento asomó el burro vestido de león. Los animales, al verlo, echaron a correr como si el mismísimo demonio los persiguiera.

—¡Qué león tan macizo! ¡Qué león tan espantoso! ¡Qué

león tan horrible!—gritaban los animales, galopando por el bosque.

El burro, cuando se dió cuenta del terror que causaba, se puso a reír con estrépito. Es decir, rebuznó a más y mejor.

Los animales que oyeron el rebuzno, pensaron:

—¡Oh, qué desgracia! Parece que un burrito ha caído entre las garras del león.

Y pensando así, huyeron más precipitadamente todavía.

Mientras tanto, el burrito estaba feliz. Se convirtió en el dueño absoluto del bosque. Todos escapaban a todo correr en cuanto lo veían venir. Nada les había espantado tanto desde que el bosque existía.

Pero el burrito, que era un poco fanfarrón, terminó por creerse un león verdadero.

Como el bosque había quedado sin habitantes, se marchó al campo, a los alrededores de un tranquilo pueblecito. Todos huyeron al verlo aparecer. Esto encantó al burrito.

Sin embargo, un molinero que trabajaba en su molino desde la mañana hasta la noche, vió de repente que el león que a todos daba tanto miedo tenía las orejas iguales a las de los burros.

—Esto es muy curioso — se dijo el molinero, tomando un palo muy duro.

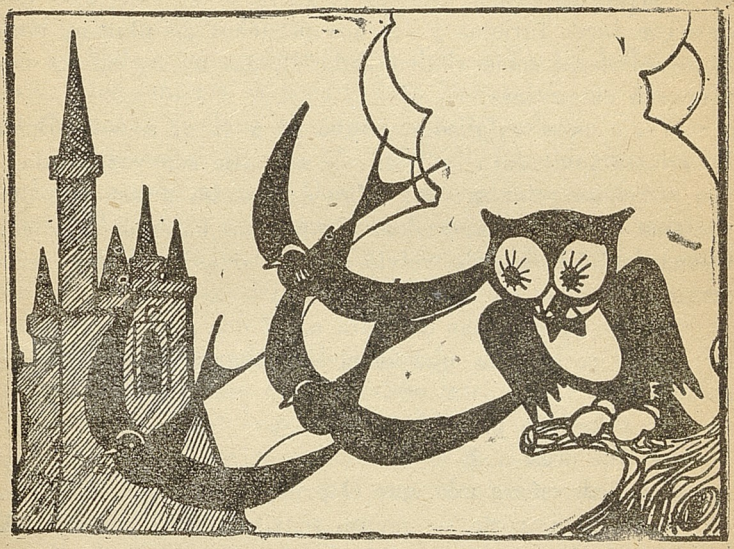
Después salió al encuentro del león, o sea, del burrito que se sentía león.

En cuanto lo tuvo cerca, le dió una de palos que daba lástima. Tantos palos le dió, que la piel de león cayó al suelo y quedó el burrito completamente desnudo.

En seguida se lo llevó al molino y lo hizo trabajar del día a la noche, peor que a un negro.

Esto enseña, pues, lo siguiente: cuando queramos convertirnos en leones, al menos perdamos antes las orejas de burro.

El Palacio de las Golondrinas



El Buho miraba a las golondrinas, lleno de envidia

¡Qué revuelo había en el palacio! Iban y venían las golondrinas, muy huecas sus plumas, muy relucientes los ojuelos. En las cabezas, coronas de rocío. En las gargantas, collares de sol y en los picos perfumes de flores. Iban y venían las golondrinas, gozosas y felices.

Era día de fiesta. De mucha fiesta. Pues se iba a celebrar la boda de la princesita-golondrina con el príncipe-golondrón. Por eso peinaban a la novia con peine de marfil. Por eso bañaban sus alas con agua de azahar...

Un loro que hacía de portero-conserje, entró diciendo:

—Señora princesa. Su señoría don Buho quiere hablaros.

—¡Que entre! ¡Que entre! — trinó la princesita.

Entró don Buho, haciendo grandes reverencias. Traía en la mano un bastón, que era la garra de un cangrejo. Los ojos con luces furiosas y los dos penachos de plumas, muy tiesos. Parecía como si don Buho llevase en su cabeza dos plumeros chiquitines.

Venía muy enfadado, porque ni a él ni a doña Buha les habían invitado a la boda. Y así, dijo con voz airada:

—Señora princesa: que salga de nuestra presencia todas vuestras damas y pajezuelos. Tengo que hablaros a solas.

Cuando salió el séquito volvió don Buho a hacer otra reverencia y sacando un pergamino, dijo:

—Este mensaje me dió para usted don Buitre, mi cuñado. En él se asegura que no podéis casaros con el príncipe golondrón.

La princesita palideció.

—¿Qué decís...?

—Sabed, señora mía, que el príncipe es un charlatán...

—No me importa — repuso sonriente la princesa—. A' la luz de la luna me contará lindos cuentos.

—Sabed que es un presumido.

—Gotas de estrellas pondré en sus ojos.

—¡Un pendenciero! Destruirá vuestro reino.

—Iremos a vivir con nuestros pastores.

—Un glotón. Un día os devorará.

—Yo le ofreceré mi pechuga tierna para alimentarle.

—Sabed — dijo el Buho rabiosamente — que el príncipe-golondrón no sabe leer.

—¡No sabe leer!—repitió la princesita sorprendida.

—No sabe leer. Y es imperdonable que un príncipe golondrón no sepa leer.

—¿Sabéis leer vos, don Buho?

El pájaro nocturno ahuecó las alas y la voz...

—Yo no sé leer. Pero yo soy un pobre Buho.

Contristada, contestó la princesita:

—Tenéis razón. No seré esposa del príncipe.

Don Buho hizo otra reverencia y se marchó con su bastoncito de garra de cangrejo.

—Anda y que rabien — se dijo—. Ya he deshecho la boda. ¡Qué contenta se pondrá doña Buha!

Venía el príncipe-golondrón volando, volando.

—Princesita muy amada. ¡Salud! En mi pico traigo perlas que robé al mar. Corales para que os hagáis un collarcito. Trozos de nube para que os confeccionen un manto.

—¡Ah! príncipe golondrón — repuso llorando la princesita—. Soy muy desgraciada. No puedo desposarme con vos.

—¿Qué decís, adorable princesa?

—¡Me han dicho que no sabéis leer!

—¡No sé leer!—repuso el príncipe.

—¡No sabe leer!—repitió todo el palacio.

—Pues a fe mía que seré vuestro esposo, porque aprenderé a leer. ¡Adiós!

Vuela... Vuela... Hizo el equipaje y se fué a Chile. Allí había visto él en sus correrías de mozo, una linda escuela, donde un dulce maestro enseñaba a leer a los niños.

Tejadito rojo. Jardín con pinos... Rosas sin espinas. Vuela... Vuela.

—Tan... tan... tocaron las alas en los cristales.

—¡Una golondrina! Una goloudrina que llama. Abrámosle, compañeros.

Entró el príncipe-golondrón y se posó mimosamente en el hombro del maestro.

A... B... C... D...

Poquito a poco fué aprendiendo a leer.

Todas las mañanas entraba piando. Todas las mañanas

regalaba besos a los niños, sus compañeros. En el patio enarenado jugaban reunidos. Ellos, queriendo ser pájaros; el príncipe golondrón queriendo ser niño...

Y una mañanita de otoño batió sus alas, diciendo: ¡Adiós, adiós! Ya sé leer.

Y llegó al palacio de la princesita.

—Golondrina, golondrinita... Vengo a ser tu esposo. ¡Ya sé leer.

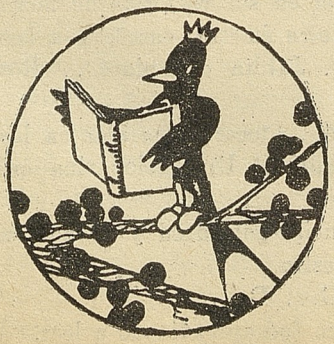
—¡Ya sabe leer!—clamaron todos.

El príncipe-golondrón llevaba un libro chiquitito y en él leyó:

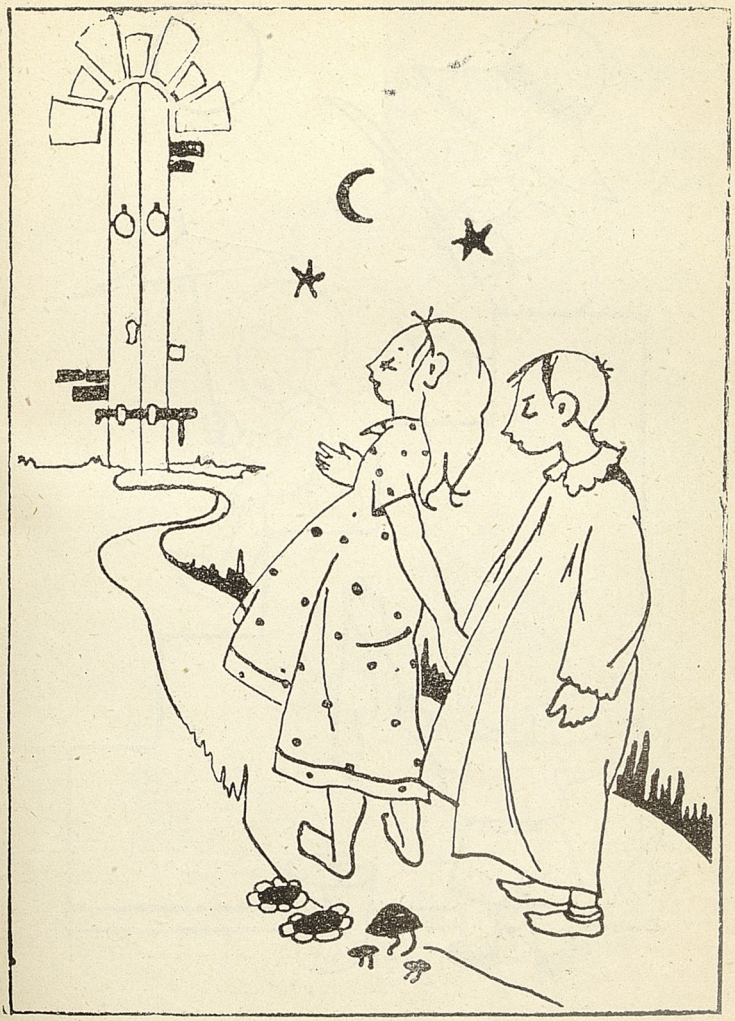
"Las golondrinas son aves de paso. Las golondrinas viven en los países cálidos. Tienen las colas en forma de horquilla y se alimentan de insectos."

—¡Ya sabe leer!—trinó triunfante el séquito

Se casaron y fueron muy felices. Ahora golondrón lee muchos libros y está más sabio que un maestro de escuela.

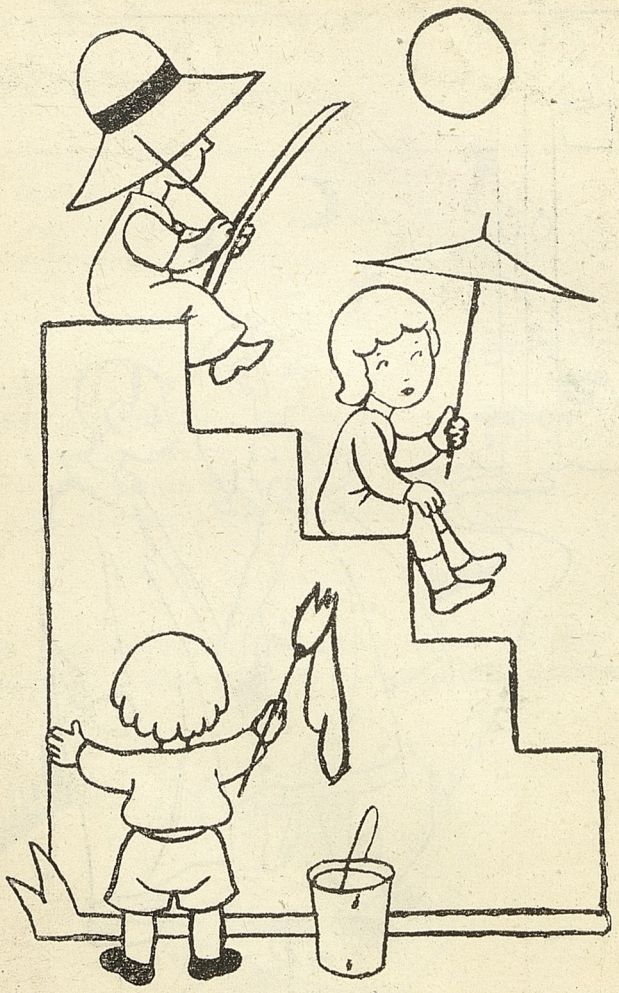


¡A pintarrajear otro poquito!



Estos lectores de Chascón han ido a dar un paseo por el cielo. Con sus lápices de color, ¿por qué no les pinta Ud. el camino?

Para colorear



No deje a Tomasito que pinte él solo. Ayúdelo y todo andará bien